



EN MEMORIA DE MANUEL JIMÉNEZ REDONDO

El pasado 15 de noviembre fallecía Manuel Jiménez Redondo, un maestro. Estoy seguro de que nadie de los que tuvimos la fortuna de ser sus alumnos dudará en reconocerle esa condición. Lo fue en un sentido enfático; por su erudición, por su dominio de una de las actividades más nobles a las que puede dedicarse un ser humano y porque enseñó, dirigió y orientó a generaciones de estudiantes. Imbuido de una sencillez y humildad reservadas a quienes pueden permitirse estar por encima de las apariencias en un mundo como el nuestro, por ellas dominado, se desempeñó con pasión en ambas facetas: en el cultivo del saber y en la enseñanza. Nada en Manuel Jiménez era fingido; su autenticidad lo definía. Esa pasión serena impregnaba sus clases y sus seminarios. Por la altura de su magisterio, el oyente salía con una doble y ambivalente sensación: la de estar por fin accediendo a un territorio hasta el momento vedado, la de la iluminación y el descubrimiento, y la de haber dejado, a su pesar, escapar mucho más que lo aprehendido por la complejidad, sutileza y variedad de matices de un discurso que le atrapaba. Tal era la cualidad de sus enseñanzas; tal fue el sello personal que imprimió a su actividad docente.

Cursos y seminarios como los que dedicó a Foucault, Habermas, Heidegger, Zubiri o Hegel permanecerán para siempre en la memoria de quienes a ellos asistieron. No pocas tesis doctorales encontraron inspiración a lo largo de sus sesiones fecundas en ideas y en discusión. Para quienes no pudieron disfrutarlos, siempre quedarán sus libros, sus artículos y sus traducciones, que, en unos casos, como el de Habermas, acercaron al público de habla hispana al que posiblemente sea el último de los grandes de la filosofía del siglo XX y en otros, como el de Hegel o Heidegger, reactivaron la recepción y la discusión sobre algunos de los grandes libros de la historia de la filosofía gracias a su forma de entender y practicar ese difícil ejercicio consistente en fundir una lengua en el molde de otra.

Manuel Jiménez no solo fue el estudioso de gabinete, el sabio de despacho. Siempre miraba hacia afuera. Le apasionaba el día a día del mundo en el que vivía. Sus análisis de la realidad cultural, social y política estaban dotados de un rigor que solo puede otorgar una sabiduría largo tiempo cultivada. Muestra de ello es su última contribución a *La torre del Virrey* en el convulso año 2017, donde opuso una precisa y lúcida reflexión a la ofuscación nacionalista.¹

¹ Véase: <https://revista.latorredelvirrey.es/LTV/article/view/177>



En la exposición de su oposición a cátedra le oí decir que el valor de una filosofía se mide por la altura a la que fracasa. Siento que este es el caso de la vida, pero puede que no el de algunas de sus parcelas. Sin duda, hoy muchos podemos contar y agradecerle como no el menor de sus logros el habernos contagiado esa pasión por el saber que convirtió en su forma de vida.

Se ha ido un maestro.

Gracias.

José Félix Baselga